

¿Engranajes de la máquina militar?

Experiencia bélica y antimilitarismo durante la guerra civil española¹

Fernando Mendiola Gonzalo

Universidad Pública de Navarra / Nafarroako Unibertsitate Publikoa

Memoriaren Bideak

Abstract:

Este artículo pretende analizar cómo vivieron y comprendieron la realidad de la Guerra Civil española quienes ya desde antes de su inicio se declaraban pacifistas y / o antimilitaristas, principalmente en torno a la *Internacional de Resistentes a la Guerra* (War Resisters' International, WRI) y a la *Confederación Nacional del Trabajo* (CNT). A lo largo del texto presentaremos las diferentes maneras en las que estos hombres y mujeres analizaron varios de los aspectos de la realidad de la guerra, como el mismo uso de la violencia, la creación de un ejército, el reclutamiento obligatorio o la represión ideológica de retaguardia. Estas perspectivas nos ayudarán a entender mejor el proceso de militarización en la zona leal a la República, la presencia creciente de una cultura de guerra y las estrategias que a veces se pusieron en práctica para mitigar algunas de sus consecuencias.

Palabras clave: Guerra Civil Española / Pacifismo / Antimilitarismo / Cultura de guerra / Anarquismo

Iruñea-Pamplona, 19 de febrero de 2015

¹ Este texto es el resultado de la ponencia “Cogs in the military machine? War experience and Antimilitarism during Spanish Civil War”, presentada en la Conferencia Internacional *Resisting war in the 20th century*. (Universidade Nova de Lisboa, Lisboa, 2014). La versión en inglés aparecerá próximamente en el nº 6 de la revista *Workers of the world*, dentro del dossier “Resisting War in the 20th Century”, en el que se recogen algunas de las ponencias presentadas en la conferencia de Lisboa. Además, es en gran medida fruto de largas conversaciones y debates con amigos y amigas de los movimientos antimilitaristas y de recuperación de la memoria histórica, con quienes he compartido muchas de las preocupaciones que aquí se expresan, de modo que espero que pueda ser, a su vez, una aportación útil para nuestros debates y nuestra práctica política.

I. Introducción: perspectivas antimilitaristas

La guerra civil de 1936 supuso la llegada al estado español de la guerra moderna, la guerra industrial que había asolado Europa entre 1914 y 1919, de modo que también afectaron a la sociedad española, con matices y características propias, los procesos de transformación que habían atravesado previamente el continente, y que en parte, no sin polémica, han sido denominados por la historiografía como procesos de “brutalización” y extensión de la “cultura de guerra”². Ahora bien además de ellos, la Gran Guerra también sacudió la conciencia y la política europea en otra dirección, dando paso a la extensión de un sentimiento antibelicista de una manera poco usual hasta entonces, que se reflejó en el nacimiento, en 1921, de la Internacional de Resistentes a la Guerra (IRG -WRI)³.

En el caso español, no cabe duda de que es la guerra la que desencadena la brutalización y la extensión de la cultura de guerra, a pesar de que pueden encontrarse algunos precedentes en la propia conflictividad social, las políticas de orden público previas a la guerra, y la experiencia colonial. Solamente cinco años después de incorporar la renuncia a la guerra en su constitución, en línea con la resolución del Tratado de Briand-Kellogg⁴, el país se ve inmerso en una guerra de tres años como consecuencia del intento de golpe de estado.

Ante esta situación, el objeto de este artículo es analizar cómo reaccionan ante la lógica de la guerra y la militarización quienes en el bando antifascista anteriormente habían tenido un discurso claramente opuesto a ellos, centrándonos en dos tradiciones de pensamiento que

² El concepto de brutalización fue propuesto hace años por el historiador alemán Mosse (1990: 159-181) para describir los cambios acaecidos en la sociedad como consecuencia de la experiencia de la I Guerra Mundial. Muchos años antes, en 1938, la pensadora anarquista y antimilitarista Emma Goldman, cuya posición analizaremos a lo largo del artículo, había también señalado las perniciosas consecuencias éticas derivadas de la experiencia de la guerra, de la que volvieron brutalizados y degradados miles de jóvenes (artículo citado en Porter, 2006: 304). La extensión de la “cultura de guerra” en el marco de la denominada “guerra civil europea” (1914-1945) ha sido profundamente analizada por Traverso (2009), y aplicada por González Calleja (2008) al caso español. Ledesma, por su parte, (2009: 92-93) plantea una interesante reflexión sobre la utilidad del concepto en los años treinta y los peligros de su uso acrítico, y realiza, por otra parte (Ledesma, 2013), una interesante crítica historiográfica en torno a la supuesta “escalada violenta” de la primavera de 1936. Oliver (2007), por su parte, inserta en esta cultura de guerra la evolución de las actitudes hacia la pena de muerte de las fuerzas políticas del antifascismo español.

³ Para el nacimiento de la WRI, que inicialmente tomó el nombre Paco (Paz en Esperanto), ver el estudio de Prasad (2005: 87-100). Un panorama global sobre el auge del pacifismo tras la I Guerra Mundial puede consultarse en los trabajos de Prasad (2005: 101-190) y Castañar (2012: 119- 214). Es también muy interesante la recopilación realizada por Brock y Socknat (1999) con varios estudios sobre el pacifismo en el periodo de entreguerras. Zahn (1990), por su parte, nos presenta un panorama sobre el pacifismo alemán y la represión que sufrió bajo el nazismo.

⁴ Si bien es evidente que buena parte de la labor legislativa de la II República puede calificarse como desmilitarizadora, con el propio artículo 6 de la constitución y las reformas de Azaña en el primer bienio, hay autores que observan algunas continuidades entre las tradiciones políticas y militares de la España republicana y el posterior desencadenamiento de dinámicas bélicas y represivas (González Calleja, 2009). La continuidad entre la guerra colonial y las tácticas de guerra del ejército golpista han sido analizadas por Nerín (2005). Para una revisión crítica sobre el tratamiento de la violencia en la historia de la II República, ver González Calleja (2013).

compartían la necesidad de un trabajo social específico de contestación al ejército y al militarismo, una explícitamente pacifista o noviolenta, y otra explícitamente antimilitarista, que contemplaba el uso de la violencia revolucionaria⁵.

Por un lado, nos encontramos iniciativas que se hacen eco de los planteamientos de la WRI, como la Orden del Olivo, creada en 1932, alguna adhesión sindical al manifiesto de la IRG, y la Liga Española de Refractarios a la Guerra. Esta última fue creada en 1936, afiliada a la IRG, y en ella participaban hombres y mujeres mayoritariamente cercanos al ambiente libertario, presididos por la médica Amparo Poch⁶. Desde este ámbito se plantea una crítica sobre el papel de la violencia en los procesos revolucionarios, como, por ejemplo, en la revolución de octubre de 1934, así como por el poco interés de las corrientes revolucionarias en desmontar el clima prebélico, cada vez mayor desde ese año (Agirre, 2002: 28 – 31; Rodrigo, 2002a: 78 y De Ligt, 1989: 191).

Por otro lado tenemos al conjunto mayoritario del movimiento anarcosindicalista, en torno a la Federación Anarquista Ibérica (FAI) y la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), en este caso mucho más centrados en la crítica antimilitarista, sin que ello significara, como veremos más adelante, una renuncia a los medios violentos para la acción política⁷.

A pesar de sus diferencias, ambas tradiciones se sitúan en la órbita social de la cultura anarquista o libertaria, y quizás se hubieran acercado más de no ser por el golpe del 18 de julio, sobre todo teniendo en cuenta que enero de 1936 la FAI inició un debate en torno a las propuestas de lucha noviolenta planteadas por Bartholomeus De Ligt (Marín, 2010: 264-265), activista de la WRI, y decidió publicar el llamado Plan De Ligt (De Ligt, 1936)⁸. Otros ejemplos de este

⁵ Se trata de un planteamiento que parte de la propia identidad política de los sujetos. Rechazamos, por lo tanto, calificar al régimen republicano prebélico como “antimilitarista”, tal y como hace el periodista y literato Chaves Nogales en su interesante crónica *La Defensa de Madrid*, de 1938 (2011: 25).

⁶ A. Rodrigo (2002a) ha escrito una interesante biografía de esta pacifista aragonesa, además de compilar también varios de sus textos en torno a cuestiones feministas y naturistas.

⁷ Una visión global de la política anarquista durante la II República y la Guerra Civil la proporciona Casanova (1997). Ortega Pérez (1996) hace un recorrido por los principios del antimilitarismo anarcosindicalista y sus diferentes corrientes, en algunas de las cuales se defiende que es compatible una firme base antimilitarista con la incorporación de la práctica armada en la acción política e incluso con la existencia de estructuras cercanas a lo militar. En relación a esto, Ealham (2005: 227-230) incluso habla de “sindicalismo militarizado” para definir la estrategia insurreccional de la CNT en los primeros años 30. De hecho, buena parte de las discusiones del Congreso de Zaragoza, en mayo de 1936 y del pleno de la FAI de junio de ese año estuvieron centradas en las propuestas del grupo *Nosotros* de crear un embrión de ejército revolucionario a partir de la experiencia de los Cuadros de Defensa de Barcelona, propuesta que fue rechazada mayoritariamente (Guillámón, 2011: 27-51). En el congreso de Zaragoza Cipriano Mera se opuso a la creación de milicias armadas, e incluso increpó a los defensores de esta postura: “Ya nos dirán Ascaso y García Oliver el color que quieren para los galones y los entorchados” (Olaya Morales, 2011:17). En el mismo congreso se decide poner en marcha una campaña para “fomentar la aversión a la acción guerrera y la negación al ingreso al servicio militar” (citado en Richards, 1977: 134). Para un balance sobre la rica historiografía en torno al anarcosindicalismo en los años treinta ver Martín Nieto (2012).

⁸ En el prefacio de la publicación, la editorial Tierra y Libertad subraya que las ideas de De Ligt debían ser puestas en

acercamiento fueron la campaña de desobediencia al servicio militar⁹ y el mitin que las Juventudes Libertarias tenían previsto celebrar el 18 de julio en Barcelona, cancelado tras el golpe de estado, en el cual estaba anunciada la participación de líderes de la IRG y del movimiento anarquista¹⁰. De hecho, quizás el propio mitin, al igual que la citada campaña citada *The War Resister* o la decisión de publicar el Plan de De Ligt, estarían suponiendo la ruptura de una postura previa de poca receptividad a la extensión de las herramientas de desobediencia y lucha no violenta, en el marco del cambio de rumbo del anarcosindicalismo en la primera mitad de 1936¹¹.

Sabemos que ambas tradiciones fueron arrasadas por la dinámica de la guerra, pero precisamente su perspectiva es especialmente útil para captar las dinámicas de militarización surgidas no sólo en el frente, sino también en retaguardia, siguiendo las propuestas de una de estas pensadoras antimilitaristas, Simone Weil, quien afirma que: “*El método materialista consiste, ante todo, en examinar cualquier hecho humano teniendo en cuenta mucho menos los fines perseguidos que las consecuencias necesariamente implícitas en el desarrollo de los medios puestos en movimiento. No se puede resolver y ni siquiera plantear un problema relativo a la guerra sin haber desmontado antes el mecanismo de la lucha militar, es decir, sin haber analizado las relaciones sociales que implica en unas determinadas condiciones técnicas, económicas y sociales*”¹².

Así pues, partiendo de este prisma antimilitarista, o, mejor, de estos prismas antimilitaristas, es decir, de los escritos dejados por buena parte de estos hombres y mujeres, pasaremos a analizar cómo vivieron y se adaptaron a un contexto que chocaba plenamente con sus ideales, basándonos sobre todo en documentación personal (cartas y libros de memorias), en las que muchas veces los protagonistas exponen de manera clara las contradicciones con las que viven. A partir de toda esta documentación, que podrá ser enriquecida con nuevas investigaciones, hacemos un intento de explicar de manera global, superando la fragmentación historiográfica al respecto, los análisis y experiencias de estas personas que se identificaban como antimilitaristas, todo ello a

práctica por el proletariado español, y sobre todo por la CNT y la FAI, “las primeras llamadas a ello” (De Ligt, 1936: 7-8). Para profundizar en el pensamiento y trayectoria del pacifista holandés véase su propia obra (1936 y 1989) y el estudio de Noordegraaf (1999).

⁹ Poco antes del inicio de la guerra, se daba cuenta en la publicación de la IRG (*The War Resister*) de la puesta en marcha de “una intensa campaña de propaganda por los principios y tácticas de resistencia a la guerra, (...) encontrando la acogida más favorable entre organizaciones anarquistas y la CNT” (citado en Agirre, 2002: 31).

¹⁰ Rodrigo (2002: 105-106) proporciona detalles sobre el programa del mitin, en el que se iban a leer textos de De Ligt.

¹¹ De hecho, De Ligt reprochó a los anarquistas españoles la poca receptividad hacia la expansión de la lucha no violenta en los años anteriores a la guerra (De Ligt, [1937] (1989: 198-199). El cambio de rumbo de 1936 es explicado por Casanova (1997: 132-152)

¹² Artículo titulado “Sobre la Guerra”, publicado en *La Critique Sociale*, nº 10, noviembre de 1933. Reproducido en Weil (2007: 328-329). En el mismo artículo, y a partir del análisis de las dinámicas internas generadas en el proceso bélico, concluye que “la guerra revolucionaria es la tumba de la revolución” (Weil, 2007: 332).

partir de cuatro de los principales aspectos del proceso de militarización puesto en marcha a partir del 18 de julio: la propia aceptación de la necesidad de la guerra, la militarización de la resistencia armada, el reclutamiento y disciplinamiento de los soldados y la represión de la disidencia política.

II. La guerra y la violencia: ¿males necesarios?

El inicio de la guerra civil española supuso una fractura, de hecho, en el movimiento pacifista internacional, dividido entre quienes siguieron rechazando la violencia como método de oposición al fascismo y quienes, ante la gravedad de la situación, decidieron optar por la opción armada, apoyando de diversos modos al bando republicano¹³. Sin embargo, la postura oficial de la WRI se mantuvo en las tesis no violentas, si bien apoyando la puesta en marcha de mecanismos de solidaridad con la España republicana, en la línea de lo defendido por De Ligt. Este pacifista holandés defendía que *“Considerando las tradiciones ideológicas y las condiciones sociales, políticas y morales (...) los antimilitaristas españoles no podían hacer nada más que coger las armas frente a los militares alzados”* (De Ligt, 1989: 198). Ahora bien, De Ligt remarca que la postura más coherente en su opinión hubiera sido la de organizar una defensa popular no violenta a nivel masivo, con una amplia solidaridad internacional, además de haber intentado desarmar al ejército y al militarismo antes de la guerra (1989: 198-200).

Una postura parecida es la adoptada por uno de los más representativos dirigentes de movimiento pacifista español en esos años, Julio Brocca, quien en carta dirigida a R. Brown, secretario honorífico de la WRI, afirmaba que “En las circunstancias que ha tenido lugar el alzamiento fascista, el pueblo no tenía otra alternativa que afrontar la violencia con violencia (...) Desde el primer momento me puse sin reservas al servicio de la libertad, sin renunciar, no obstante, a mis principios de absoluta resistencia a la guerra, es decir, he hecho, y continúo haciendo, cuanto puedo de palabra y obra, pero sin participar en acciones violentas, para la causa antifascista” (citado en Agirre, 2002: 31-33). De manera parecida actuó otra de estas militantes pacifistas, Amparo Poch, médica y militante anarquista que en los primeros meses de la guerra actuó como

¹³ Se abrió una fuerte discrepancia entre quienes pasan a pedir un apoyo armado al bando republicano (Einstein, Brockway...), y la postura de quienes, como Bart de Ligt, intentan mantener como principal herramienta de oposición al fascismo el uso de la desobediencia, la resistencia pasiva o boicot (Agirre, 2002: 31-33; Castañar, 2012: 203-214). El caso de la sección estadounidense de la WRI, la War Resisters' League ha sido estudiado en profundidad por Bennet (2008). De la ruptura en el movimiento holandés da cuenta Noordegraaf (1999: 97-98). Otro de los impulsores del pacifismo británico, C. Joad, también subraya que ante bombardeos como el de Gernika, y teniendo en cuenta la imposibilidad de impulsar iniciativas revolucionarias desde la base, alimentar la escalada bélica llevaría a Europa al precipicio, y prefieren optar por una política de desmilitarización continental y boicot a la industria armamentística alemana (Joad, 1939: 35).

médica en un batallón libertario, posteriormente pasó a gestionar hogares infantiles bajo el control del Ministerio de Sanidad, entonces dirigido por la anarquista Federica Montseny (Rodrigo, 2002: 149-171)¹⁴ hasta que fue cesada en junio de 1937, para pasar posteriormente a trabajar en Barcelona en el Casal de la Dona Treballadora, perteneciente a la organización *Mujeres Libres*, de la que fue cofundadora (Ackelsberg, 2006: 153-161). Al igual que Brocca, conjugó su labor social, su apoyo al bando antifascista, y al mismo tiempo una postura crítica ante *“esta guerra repugnante que nos avergüenza”*¹⁵.

Si bien tenemos constancia documental de la experiencia de los dirigentes pacifistas, seguramente hubo muchos otros desconocidos que se vieron involucrados en la guerra a pesar de su sentimiento antibelicista. Uno de ellos fue Celestino García, un joven que a la sombra de los humos y las chimeneas de los Altos Hornos de Vizcaya, en Sestao, era naturista y vegetariano. Estaba relacionado con ambientes anarquistas, aunque alejado de la práctica política y más centrado en cuestiones de salud y espirituales, sobre todo en torno a la obra del pensador hindú Krishnamurti. García y otro compañero suyo de Sestao intentaron no ir a la guerra para evitar tener que empuñar las armas, y una vez que el reclutamiento era inminente, hablaron con amigos de la CNT para conseguir alistarse en el batallón Bakunin, en el que consiguieron puestos de ayudantes y recadistas expuestos muchas veces al fuego enemigo, pero en los que no tenían que llevar armas¹⁶.

Como hemos señalado, a nivel internacional la guerra supuso la fractura del movimiento pacifista, llegando varios de sus integrantes a acudir a España para participar en ella. Una de ellas fue Simone Weil, quien explica así su decisión: *“No me gusta la guerra, pero lo que siempre me ha horrorizado más de la guerra es la situación de quienes se encuentran en retaguardia. Cuando he comprendido que, a pesar de mis esfuerzos, no podía evitar participar moralmente en esa guerra, es decir, desear todos los días, a todas horas, la victoria de unos, la derrota de otros, me he dicho que París era para mí la retaguardia, y tomé el tren para Barcelona con la intención de comprometerme”*¹⁷.

Si bien en el mundo explícitamente pacifista la guerra supuso una fractura en muchos colectivos, el movimiento anarquista no tuvo ninguna duda de la necesidad de una respuesta armada al intento de golpe de estado, respuesta que de hecho fue decisiva para frenar el golpe en varias

¹⁴ La actividad social de Amparo Poch durante la guerra está recogida en el estudio de Rodrigo (2002).

¹⁵ Expresión recogida en su artículo *“Todos juntos. Impresiones del mitin de las juventudes revolucionarias”*, publicado en *Tierra y Libertad*, 20 de febrero de 1937 (citado en Rodrigo, 2002: 176).

¹⁶ Entrevista realizada en Santurtzi, Bizkaia, en marzo de 2005. Más información sobre este pacifista vizcaíno en Mendiola y Beaumont (2006: 112).

¹⁷ Carta a George Bernanos, Weil (2007: 509).

ciudades, como Barcelona, Madrid o San Sebastián/Donostia. Una vez puesta en marcha la guerra, por lo tanto, se pueden encontrar en el mundo anarquista toda una serie de escritos y declaraciones en las que se pone de manifiesto el rechazo a opciones más diplomáticas, y sobre todo, a la lógica de la no intervención como excusa para el aislamiento de la República, tal y como se puede apreciar en este artículo de Camillo Berneri: *“Nadie odia la guerra más que nosotros, pero creemos que ha llegado el momento de verificar la fórmula que en otra ocasión enunció el mismísimo León Blum: <<Es necesario aceptar la eventualidad de la guerra, con tal de salvar la paz>> (...) El pacifismo sigue un camino asfaltado de buenas intenciones, como el del infierno, pero este camino conduce al abismo”*¹⁸. Otra militante que se expresa claramente en ese sentido es Emma Goldman, quien afirma, ante la importancia del momento no solo para España sino para el mundo, que *“Considero, por tanto, que debo dejar de lado la aversión interior que me produce la crueldad de la guerra”*¹⁹.

Es más, en las cartas que Goldman dirige a varios de sus compañeros de otros países claramente plantea la insuficiencia de los métodos basados en la desobediencia civil o la resistencia pasiva para hacer frente al fascismo, haciendo también una crítica a los planteamientos de Gandhi y afirmando que la no violencia no puede conseguir transformaciones sociales significativas, algo que es especialmente constatable en el marco de una guerra civil: *“Lo más importante de todo es el hecho de que la guerra mecanizada y la violencia utilizada por el estado hacen que la no resistencia sea completamente inútil. ¿Para qué crees que sirve la no violencia en un bombardeo aéreo desde el aire, algo que ocurre a diario en las ciudades y pueblos de España?”*²⁰. En otra de las cartas, además, hace mención a la postura del pacifismo holandés, en referencia al grupo de De Ligt, y afirma que *“Es realmente esperar demasiado que nuestros aguerridos camaradas se atengan al tipo de pacifismo que propugnan los compañeros holandeses”*²¹.

Ahora bien, a pesar de que estos antimilitaristas no dudan en la necesidad de participar en la guerra, encontramos en muchos de ellos una clara amargura sobre sus consecuencias. Weil, por ejemplo, se muestra también escéptica sobre la manera en que el ambiente de guerra ahoga el sentir revolucionario. Ella no duda de la buena fe de *“nuestros camaradas libertarios de Cataluña. Sin embargo, ¿qué vemos allí? También allí, ay, vemos producirse formas de coacción, casos de*

¹⁸ “Entre la guerra y la revolución”, Artículo publicado el 16 de diciembre de 1936 y recopilado en Berneri (1946: 13-14).

¹⁹ Carta a la irlandesa Sheehy-Skeffington, del 12 de noviembre de 1936, citada en Porter (2008: 288).

²⁰ Carta a Hall, anarquista norteamericano, del 27 de mayo de 1938, citada por Porter (2008: 305-308). También se recogen referencias a la insuficiencia de la resistencia pasiva en su carta a Cassius Cook, del 8 de febrero de 1937 (citada en Porter, 2008: 289).

²¹ Carta al anarquista holandés William Jong (citada en Porter, 2008: 290-291). En esta carta, además, se alude al seguimiento de la no violencia achacándola a que “la pasividad es una característica oriental por excelencia”.

*inhumanidad claramente contrarios al ideal libertario y humanitario de los anarquistas. Las necesidades y la atmósfera de la guerra civil prevalecen sobre las aspiraciones que se tratan de defender por medio de la guerra civil”.*²²

Estas preocupaciones son compartidas incluso entre quienes no partían de un rechazo de la violencia como herramienta política, como en el caso de Durruti, que afirmaba en el Comité de Guerra: *“Si esta situación se prolonga [la guerra], terminará con la revolución, porque el hombre que salga de ella tendrá más de bestia que de humano”*²³.

En una línea semejante, también Emma Goldman plantea que en sus reflexiones el problema de violencia de manera compleja y poliédrica, transmitiendo una continua preocupación por sus consecuencias, al tiempo que defendiendo su necesidad, tanto de cara a la revolución como en el caso de la guerra en España, y afirmando que *“la función del anarquismo en un periodo revolucionario es minimizar la violencia de la revolución y reemplazarla por los esfuerzos constructivos. Eso es lo que se ha hecho en España”*²⁴.

Esta afirmación, sin embargo, va acompañada de una cierta decepción en esa misma época, la primavera de 1938, acerca de las consecuencias derivadas de la implicación en la guerra y el uso de la violencia: *“Cada vez llego más a la conclusión de que no puede haber una revolución anarquista. Por su misma naturaleza violenta la revolución contradice aquello que representa el anarquismo (...) Lo cierto es que, como una vez más se ha demostrado en España, no queda nada del anarquismo cuando uno se ve obligado a hacer concesiones el ideal por el que uno ha luchado toda su vida. Ya lo ves, querido, no me siento del todo a gusto conmigo misma”*²⁵.

III. Debates en torno a la militarización

Una de las principales cuestiones que aflora el 18 de julio tiene que ver con las herramientas para hacer frente al golpe de estado. La débil y lenta respuesta gubernamental fue muy pronto desbordada por la rápida acción desde la base, principalmente desde las organizaciones sindicales, UGT y CNT. Este rápido proceso llevó a la inmediata formación de estructuras armadas

²² Proyecto de artículo, titulado “Reflexiones para disgustar”, de octubre de 1936. Citado en Weil (2007: 518).

²³ Palabras de Durruti en conversaciones en el Comité de Guerra de la CNT, recogidas por Paz (1996: 549)

²⁴ Carta a Hall, anarquista norteamericano, del 27 de mayo de 1938, citada por Porter (2008: 305-308).

²⁵ Carta a Mark Mratchny, 4 de marzo de 1938, citada por Porter (2008: 303-304). De hecho, esta postura crítica hacia la guerra se acentúa en Goldman durante el año 1939, en los prolegómenos de la II Guerra Mundial, ante la que piensa que el movimiento anarquista debería llamar a la no participación y a la rebelión (Porter, 2008: 310-315)

propias encuadradas en las organizaciones políticas y sindicales, las milicias²⁶.

Dejando a un lado la importancia de tener cuerpos armados propios de cara a la obtención de cuotas de poder en la retaguardia, en el mundo libertario la organización de milicias posibilitó resolver temporalmente un dilema, el de la creación de grandes organizaciones armadas con una lógica diferente a la del ejército. En este sentido, son múltiples los testimonios en los que se describen las milicias como un sistema de organización muy poco militarizado, así como su propio espíritu, tal y como se expresa en un mitin en el que se organiza la marcha de voluntarios hacia Zaragoza en los primeros días de guerra: “*queremos ser milicianos de la libertad, no soldados con uniforme*” (citado en Semprum-Maura, 1978: 193).

Sin embargo, el rápido avance de las tropas golpistas por el suroeste enseguida puso sobre la mesa los problemas de este tipo de unidades, las milicias, formadas sin ningún tipo de formación y estructura militar, de modo que son varias las voces que critican su eficacia en base a diversos argumentos (dispersión de poderes, nivel de preparación táctica, participación bélica de las mujeres...) ²⁷. Al mismo tiempo, y en el marco de ese debate, se va imponiendo poco a poco la idea de que es necesario un ejército regular en el que se integren, y militaricen, las milicias, para lo cual se dan una serie de pasos que culminan con la creación en octubre de 1936 del Ejército Popular²⁸.

Este proceso se llevó a cabo con importantes debates, principalmente en el ámbito libertario²⁹, ya que la militarización chocó de frente con el espíritu antimilitarista latente sobre todo

²⁶ Para un panorama global sobre la formación de milicias y sus características ver Alpert (2007: 35 - 66)

²⁷ Un buen resumen, con abundancia de testimonios, sobre este debate está recogido por Bolloten (1989: 411 – 423) y Matthews (2013: 47-54). De hecho también en el mundo libertario surgen voces críticas sobre la falta de preparación militar de las milicias, como la de Mera (2011: 49-50) o varios de los testimonios de milicianos de la CNT recogidos por Fraser (1997: I, 179-180 y II, II, 47-49). Por otro lado, al estar la cuestión de la eficacia en el centro de los debates, también se constata un intento claro por mejorar ésta sin aceptar la militarización. Un ejemplo concreto de esto nos lo da Albert Minnig, brigadista suizo de tendencia libertaria, que describe el esfuerzo fortificador de su columna en el frente de Aragón y las felicitaciones recibidas por los oficiales soviéticos que las visitaron, remarcando, satisfecho, que “*Estamos satisfechos, pues es una buena réplica a la militarización que desde hace 6 meses instruye a zapadores y oficiales en los cuarteles de Barcelona, Valencia y Albacete*” (Minnig, 2005: 48).

²⁸ La creación de este ejército ha sido también motivo de polémica historiográfica. El proceso está descrito en Alpert (2007). Respecto a las razones de este proceso, este autor da más importancia a los problemas de las milicias (asumidos de manera generalizada) y al criterio de los militares profesionales que a la fuerza del PCE. De hecho, y esta es una de las ideas clave, el ascenso comunista no viene solamente explicado por la influencia soviética, que también, sino por su clara opción en favor de una solución “militarizada”, en el sentido de organizar un potente y disciplinado ejército. De hecho, según Alpert es el PCE el partido que capta de una manera más clara la transformación de la guerra y la importancia de un cuerpo militar centralizado y disciplinado.

²⁹ En realidad la tradición de la izquierda era de desafección a lo militar, y de hecho el proceso está lleno de explicaciones, visitas a los frentes, órdenes que gastan más párrafos en justificarse que en detallar lo que debe ser cumplido, lo cual es muestra de las dificultades con las que se desarrolla el proceso (Alpert, 2007: 75 – 77). El debate en el mundo libertario ha sido analizado por varios autores como Bolloten (1989: 511-535), Ruiz Giménez (1996), Semprún-Maura (1978: 207-220), Mainar (1998: 85-104) o Paz, quien explica la oposición de la Columna de Hierro (Paz, 2004), última en aceptar la militarización, y reproduce el acta de la asamblea de milicianos

en las columnas anarquistas, en el que se seguía pensando que “*el ejército es el encadenamiento, el símbolo de la tiranía*”³⁰. Otro buen ejemplo de esto es este artículo en el periódico anarquista *Nosotros*, “*Cuando se pronuncia esta palabra, [militarización], ¿por qué no decirlo? Nos inquietamos, nos desasosegamos, nos estremecemos, porque nos trae a la memoria atentados constantes contra la dignidad y contra la personalidad humana. Militarizar fue hasta ayer, -y todavía existen muchos que, hoy, desean lo mismo- regimentar a los hombres de tal manera que quedasen nulas sus voluntades al romperles su personalidad en los engranajes cuartelarios*”.³¹

Otro de los componentes del debate fue la posibilidad de organizar grupos guerrilleros, opción que en un primer momento fue también planteada por posteriores defensores de la militarización, como Cipriano Mera, y que posteriormente ha sido defendida por otro anarquista que compartió responsabilidades militares con él, Abraham Guillén, quien hizo una fuerte crítica de la estrategia militar republicana, defendiendo una guerra de guerrillas en la retaguardia franquista. Este último basa su argumentación en la contraposición entre el modelo militarizado de guerra que achaca al Partido Comunista (en el que la conquista del territorio dará paso al control sobre la población) con uno más desmilitarizado, en el que el poder de la población, combinando la resistencia armada con la no colaboración, aseguraría una victoria posterior, aún a costa de perder territorios en un primer momento (Guillén, 2012).

Ahora bien, a pesar de las reticencias encontradas, la militarización se aceptó en gran medida a partir de argumentos técnicos y posibilistas sobre la necesidad de contar con un ejército bien organizado para ganar la guerra. Al final, en el caso de la CNT algunos autores hablan de una “militarización en dos tiempos”, primero manteniendo cierto autonomía (de hecho, el secretario general de la CNT llegó a afirmar que “esta transformación no implica un cambio fundamental, ya que en las brigadas el mando lo ejercerán los mismos hombres que lo hacían en las columnas”³²) y luego, con posterioridad a los sucesos de mayo de 1937, siendo integradas cada vez más en el Ejército Popular.

El proceso, de hecho, fue aceptado por los principales dirigentes, coincidiendo en él incluso quienes antes de la guerra habían discrepado profundamente en torno a la formación de grupos armados, como García Oliver o Cipriano Mera. El primero de ellos afirma en un discurso de

mantenida el 9 de marzo de 1937 (2004: 151-157) en la que participaron también voluntarios extranjeros y se debatió el proceso de militarización. Fraser, por su parte, recoge también argumentos de milicianos de la CNT en ambas direcciones (Fraser, 1997: I, 179-180 y II, II, 47-49).

³⁰ *Frente Libertario*, 27 de octubre de 1936, citado en Bolloten, 1989: 511.

³¹ *Nosotros*, 11 de febrero de 1937, citado por Bolloten (1989: 511).

³² Entrevista publicada en el periódico *Nosotros* 11 de febrero de 1937, recogida por Mainar (1998: 162-163).

marzo de 1937: “Hoy, aun siendo un antimilitarista convencido, ante la opresión fascista.... (...) afirmo que el proletariado español, anarquista, sindicalista, socialista o comunista no será nunca independiente y libre y no podrá analizar en absoluto nada de su contenido ideológico, si no tiene (...) el instrumento adecuado para la guerra, que es la técnica militar y el ejército puesto al servicio de la revolución.”³³, mientras que el segundo escribió que “Tenemos que hacer la guerra tal y como nos la presenta un ejército regular, dotado de todos los medios de combate modernos”³⁴.

Sin embargo, en muchas cosas esa aceptación se hizo con conciencia de la contradicción que implicaba con los ideales antimilitaristas y los peligros que implicaba el nuevo método de organización, de modo que, en la medida que pudieron, algunos mantuvieron pequeños gestos de resistencia, siquiera en el terreno simbólico. Ejemplo de ello es el de Manuel Carabaño, miliciano anarquista que describe así su experiencia: “Al final aceptamos con bastante entusiasmo. Lo que nunca aceptamos fue la disciplina normal del ejército. Yo rehusé llevar uniforme, cogí mis insignias de oficial y las cosí en una chaqueta de cuero que usaba para ir de caza (...) Nunca saludábamos militarmente”.³⁵ Una experiencia similar es la de Félix Padín, un joven miembro de la CNT de Bilbao que fue nombrado sargento en el Batallón Durruti, quien afirma en sus memorias que aunque algunas veces tenía que imponer algún tipo de disciplina sobre los soldados, “no me gustaba llevar los emblemas” (Padín, 2009: 41).

Otro ejemplo de esta experiencia sumida en la contradicción, y comprensiva al mismo tiempo con sus camaradas españolas, es el de Emma Goldman, quien llegó a aceptar la militarización como una incoherencia necesaria, pero al mismo tiempo fue consciente de lo que ello significaba, tal y como lo expresó en un muy elocuente discurso en París, a mediados de septiembre de 1937, en la conferencia de la IWMA, en el que admite la contradicción que la aceptación de la guerra y la militarización ha supuesto para el anarquismo español, al tiempo que expresa su confianza en que “de momento no hay peligro de que se conviertan en engranajes de la rueda militar” (Porter: 299-300). Como se verá en el próximo apartado, esa confianza no se vería siempre confirmada en las vivencias de sus camaradas antimilitaristas.

³³ Conferencia en el Coliseo de Barcelona, en enero de 1937, organizada por la Comisión de Propaganda del Comité Regional de Cataluña (García Oliver, 1978: 409).

³⁴ Artículo en *Solidaridad Obrera*, del 23 de marzo de 1937, recogido en Semprún-Maura, (1978: 214). Vadillo (2012: 14), en su prólogo al libro de Guillén, subraya que algunos líderes sindicales antimilitaristas, como Mera, tuvieron sorprendentemente muy buenas aptitudes como oficiales del ejército.

³⁵ Testimonio oral recogido por Fraser (1997: II, 50).

IV. Reclutamiento y disciplina

Paralela a la formación de un ejército regular es la necesidad de contar con una multitud de soldados dispuestos y preparados a formar parte de él, lo cual nos lleva a tener en cuenta los mecanismos de cara a reclutar y disciplinar a buena parte de la población joven masculina de la zona que tenían bajo control, al margen de lo que opinaran sobre la guerra³⁶.

Ahora bien, la imposición de la conscripción también tuvo como respuesta el aumento de la desertión³⁷, tanto de cara a evitar el llamamiento a filas, para lo cual se escogieron vías como la huida a zonas montañosas, la automutilación o el exilio³⁸, como a aprovechar la situación en el frente para cambiar de bando y seguir luchando en función de la propia ideología, lo cual a su vez llevó consigo una preocupación cada vez mayor de las autoridades de ambos bandos para reprimir estas prácticas.

Sin embargo, la represión de la desertión también levantó voces críticas en el ámbito libertario, como las de E. Goldman o Simone Weil, quien afirmaba: *“Odiarnos la coacción militar, (...) ¡y bien! Allí hay coacción militar. A pesar de la afluencia de voluntarios, se ha decretado la movilización. El consejo de Defensa de la Generalitat, donde nuestros camaradas de la FAI ocupan algunos de los puestos dirigentes, acaba de decretar la aplicación a las milicias del antiguo código militar”*³⁹.

Esta polémica no sólo se planteó con los soldados movilizados, sino también con aquellos milicianos voluntarios que en un momento dado deciden retirarse del frente, con el argumento de que su alistamiento había sido totalmente voluntario. En un primer momento esto es

³⁶ Según Alpert (2007: 65) las milicias fracasaron como mecanismo de leva generalizado y suficiente para hacer frente a las exigencias de la guerra. De hecho, fueron alrededor de 92,000 los reclutados de esta manera, mientras que el ejército popular llegó a tener 500.000 hombres en junio de 1937 (Alpert, 2007: 90). Seidman (2003: 67), habla de unos 120.000 voluntarios englobados en las milicias, sobre un total de más de un millón de hombres movilizados por parte del ejército republicano. En el bando sublevado la proporción es parecida, con 100.000 voluntarios sobre unos 1.200.000 reclutados.

³⁷ Si bien tradicionalmente descuidada por la historiografía, en los últimos años la desertión está siendo objeto de atención por los historiadores, no sólo en obras más amplias sobre las actitudes ante la guerra (Seidman, 2003) o el reclutamiento (Matthews, 2012), sino también con estudios monográficos como los de Corral (2006) o McLaughlin (2012 y 2014), quien incluye una sólida investigación empírica sobre el caso de la provincia de Santander en un análisis más amplio de la desertión en contexto de guerras civiles. Un análisis de las políticas de represión y castigo sobre la desertión se encuentran desarrollados en las anteriormente citadas investigaciones de Seidman, Matthews (2012: 267 – 317), Corral o McLaughlin (2012: 123-149).

³⁸ La importancia de las características del terreno de la retaguardia ha sido constatada en el análisis estadístico de la desertión en la provincia de Santander (McLaughlin, 2014). Seidman, por su parte, (2003: 181) ha remarcado la importancia del exilio como vía de escape.

³⁹ El texto de Weil (2007: 518) proviene de su proyecto de artículo, titulado “Reflexiones para disgustar”, de octubre de 1936. Las quejas de Goldman sobre reclutamiento forzado se incluyen en una de sus cartas a Rudolf Rocker, 5/6/38 (citado en Porter: 2006: 163).

afrontado por algunos líderes anarquistas, como Durruti, a partir del poder del convencimiento y la persuasión, y manteniendo el principio de libertad de actuación de cada persona, como se recoge en este testimonio suyo a la prensa madrileña: *“Al que quiere marchar a casa alegando que se va voluntario, como voluntario vino, después de hacerles una consideraciones, le mando a casa a pie. Casi nunca he llegado a ese extremo”*⁴⁰. También Cipriano Mera, en sus memorias, hace referencia al abandono del frente por algunos de sus hombres, en este caso guardias civiles. Mera se dirigió a ellos recriminando su comportamiento, y dándoles la libertad de elegir: *“Si no fuera que por ser de la CNT pudieran decir que era una venganza que tomaba contra los antiguos guardias civiles, os debía fusilar a todos. Dejad vuestras armas en un montón e iros camino de Madrid”*. Si bien Mera señala poco después que la *“la mayoría de los guardias reaccionaron bien y se reincorporaron al batallón”*, también termina esas páginas recogiendo sus propias reflexiones acerca de la necesidad de una mayor disciplina que evite esas situaciones: *“empezaba pues a darme cuenta de que la autodisciplina era algo muy complejo, y que, en la guerra, el instinto de conservación resultaba para los hombres algo superior al cumplimiento del deber”*⁴¹.

De hecho, poco a poco la realidad de la guerra hace que la disciplina sea cada vez más dura en el ejército⁴², siendo buen ejemplo de este cambio de actitud la evolución del dirigente anarquista García Oliver. Cuando en septiembre de 1936 el teniente A. Bayo le sugiere la necesidad de una mayor disciplina, e incluso el uso de la pena de muerte, para mejorar el rendimiento de sus tropas, que acababan de fracasar en el intento de tomar Mallorca, García Oliver, entonces jefe del comité de Guerra de Barcelona, contesta así: *“No pienses en esos métodos de coacción y de castigo. A un camarada que se desliza, hay que corregirlo cariñosamente, haciéndole comprender su error, pero nunca privándole de la vida. El trabajador ha entrado de lleno en un periodo revolucionario donde es amo y señor en lugar de esclavo. Y ya no puede ser tratado como en épocas anteriores, y los jefes militares tenéis que convencerlos de ello”*⁴³. Meses después, en marzo de 1937, sin embargo, estas son las palabras con las que se dirige a los alumnos de una de las escuelas militares: *“Vosotros, oficiales del ejército popular, debéis observar una disciplina de hierro e imponerla a vuestros hombres, quienes, una vez incorporados a filas, tienen que dejar de ser vuestros*

⁴⁰ Corral, 2006: 99.

⁴¹ Mera, 2011: 59 – 60.

⁴² Así, cada vez es más frecuente encontrar apelaciones a la disciplina, tanto por parte de dirigentes concretos, como Cipriano Mera (2011: 47), como en la prensa libertaria. Incluso en el periódico CNT se alaba el comportamiento militar y se señala que es necesario impulsar la obediencia, bajo amenaza de aplicar la pena de muerte a quienes no cumplan las órdenes (Bolloten, 1989: 520). Dentro de ese fortalecimiento de la disciplina también hay una obsesión por cortar las expresiones de confraternización o trueque de productos entre soldados de ambos bandos en los frentes poco activos, como el de Extremadura (Seidman, 2003).

⁴³ Citado en Bolloten, 1989: 426 – 427.

camaradas para convertirse en engranajes de la máquina militar de nuestro ejército”⁴⁴, en una expresión que quiebra la confianza que Goldman defendería meses después y que se asemeja mucho al tipo de soldado buscado por otras fuerzas republicanas, como el “soldado autómatas” al que se refiere el dirigente de ERC Pedro Puig Subinyá⁴⁵.

Ahora bien, también en este caso encontramos expresiones de crítica a este modelo de soldado, como un artículo publicado en *Solidaridad Obrera* con posterioridad al citado discurso de García Oliver “*Estos días hemos presenciado hechos que nos han destrozado el alma y hasta nos han vuelto un poco pesimistas (...) Cuando bullen en nuestro pecho ideas manumisoras, concepciones libertarias, pensamientos rebeldes en perfecta consonancia con nuestra permanente actuación, no se comprende que nuestros camaradas ministros se expresen en términos semejantes*”⁴⁶. Además, más allá de lo necesario o no de estas medidas, también se aprecia en algunos líderes anarquistas los efectos de este reforzamiento de la disciplina, como el caso de Peirats (1971, 3, 170), quien en sus memorias afirma que “*A medida que fue imponiéndose la militarización de las milicias se iban extremando las medidas disciplinarias y la naciente casta militar tomaba verdaderamente a pecho su papel. Sus componentes se habían asimilado rápidamente todos los defectos de los antiguos castrenses y ninguna de sus virtudes*”.

De hecho, a partir de 1937, en el marco de la militarización y tras el ascenso comunista aparecen también algunas voces más comprensivas en el ámbito libertario con las prácticas de desertión, como la de uno de los pocos comisarios de guerra anarquistas, Ángel González Gil-Roldán. Según Peirats, que resume y también cita parte de un informe suyo, las desertiones se debían a una suma de factores ligados a la situación bélica, a las privaciones y a las tensiones políticas. Incluso señala que “*muchos desertores lo eran de las brigadas comunistas, donde por sus ideas políticas corrían el riesgo de muerte, o se les hacía moralmente imposible la vida. En tratándose de afiliados o militantes de la CNT la desertión consistía muchas veces en un clandestino reingreso en las unidades confederales*” (Peirats, 1971: III, 169- 170).

⁴⁴ Recogido en *L'Espagne Nouvelle*, 14-15, 31 de julio de 1937, y citado por Senprún-Maura (1978: 213).

⁴⁵ Informe del comisario de brigada de la 62 División Pedro Puig Subinyá - elevado al Comité permanente de su partido, ERC-, en diciembre de 1938, citado por Peirats (1971: III, 183): “Y el mejor soldado no es aquel que obedece porque comprende que la orden dada es justa, sino aquel que obedece sin pensar por qué lo hace, sin saber que aquello que le han mandado es justo o injusto. Por curdo, por inhumano, por repulsivo que sea, es hora que comprendamos todos que no podemos hacer la guerra, (y sobre todo, que no podemos ganarla) si persistimos en el absurdo de hacer soldados ciudadanos, con conocimiento exacto de aquello que hacen y por qué lo hacen. El soldado imprescindible hoy es aquel que no sabe nada, ni entiende nada, ni comprende nada: el soldado autómatas, el soldado máquina (...)”.

⁴⁶ Máximo Llorca, en *Ideas*, 29 de abril de 1937, Citado en Bolloren, 1989: 520.

V. Represión de la disidencia política

Por último, debemos también enfrentarnos a cómo encajó la tradición pacifista y antimilitarista la puesta en marcha de dinámicas represivas contra la disidencia política y religiosa en la retaguardia republicana. Si bien en menor escala que en el bando golpista, la represión se desató sobre todo en los primeros meses, y en ella jugaron un papel importante militantes de organizaciones políticas antifascistas, que, en ausencia de aparato estatal, empezaron a tomar la justicia por su mano de diferentes formas. La participación de grupos anarquistas, y por lo tanto inmersos en la tradición antimilitarista, está constatada en estos hechos, en los que compartieron responsabilidad con otras organizaciones⁴⁷.

La crítica de estos hechos también estuvo presente en todas las tradiciones políticas antifascistas⁴⁸, tanto en el momento como a posteriori, de modo que no tiene sentido equiparar mecánicamente denuncia de la represión con la existencia de postulados pacifistas o antimilitaristas. Es por eso que dejaremos ahora las críticas que venían de otras fuerzas políticas para centrarnos en las posturas en las que la crítica de la represión se hizo de desde una tradición que incluía el antimilitarismo en su bagaje ideológico, el anarquismo, y para hacerlo lo haremos tanto en relación a la captura de prisioneros de guerra, a la represión de retaguardia o a la puesta en marcha tras los sucesos de mayo de 1937, momento a partir del cual empiezan también a sufrir persecución política militantes de grupos izquierdistas, fundamentalmente cercanos al POUM, pero también anarquistas. Así pues, de lo que se trata ahora es de analizar algunas de las voces críticas que surgieron desde una postura abiertamente antimilitarista, tanto en el frente de batalla como en la retaguardia.

Una de estas voces fue la de Cipriano Mera, quien se posiciona abiertamente contra las represalias en los primeros meses de guerra, en un ambiente claramente propicio para ellas. En sus memorias relata más de una ocasión en la que se opone a estas represalias, como en el caso de Sigüenza, cuando evitó el fusilamiento del obispo de la ciudad: *“con el fusil en la mano dije a los compañeros que habíamos ido a Sigüenza a pelear contra los que se levantaban contra el pueblo, y*

⁴⁷ Para un análisis comparado de la represión de ambos bandos, en el que es evidente la mayor intensidad y planificación de la España sublevada, ver la compilación de Espinosa (2010). La responsabilidad de las diferentes fuerzas antifascistas en la represión ha sido objeto de debate historiográfico y político, siendo evidente que no fue responsabilidad de una en concreto. En su análisis de la provincia de Zaragoza, Ledesma concluye que existió una diversidad de comportamientos según las localidades, sin que sea una variable la composición de los comités locales. De hecho, Ledesma (2003: 243-244) señala que “no parece mal consejo buscar las razones de estas actitudes [represivas] en otros lugares más significativos que las siglas del carnet político o sindical de quienes las mantuvieron”. Oliver (2008: 123-153), por su parte, enmarca la represión desatada en ambas retaguardias en la evolución de la pena de muerte en la España contemporánea, con una atención especial a la cultura punitiva de las fuerzas antifascistas (2007).

⁴⁸ Una síntesis de las más significativas es proporcionada por Ledesma (2010: 202-209).

no a cometer crímenes o tomar represalias contra los vencidos”⁴⁹.

Otras voces antimilitastas, como la de Emma Goldman, también se muestran críticas con estas prácticas, quien afirma que “*La idea de que si un ataque armado a la revolución exige una defensa armada no justifica también, a mi modo de ver, el asesinato de personas cuyo único crimen es pensar de modo diferente*”⁵⁰.

En esta línea, ha sido seguramente Simone Weil una de las que ha planteado este problema de una manera más dramática, señalando, en su carta al escritor francés Georges Bernanos, que “*en Barcelona se mataba como media, en forma de expediciones punitivas, a una cincuentena de hombres por noche. (...) Pero tal vez las cifras no sean lo esencial en semejante materia. Lo esencial es la actitud con respecto al hecho de matar a alguien. (...) Hombres aparentemente valientes –de uno de ellos, al menos, he constatado personalmente su valor-, contaban con una sonrisa fraternal, en medio de una comida llena de camaradería, cómo habían matado a sacerdotes o a <<fascistas>>*”⁵¹.

Ya en la retaguardia, seguramente es Joan Peiró una de las voces que critica esta dinámica de manera más radical en una serie de artículos desde los inicios de la guerra⁵². Peiró estaba convencido de que la represión era necesaria para combatir el fascismo y asegurar el triunfo de la revolución, pero expresó su crítica a “*els moderns vampirs, els irresponsables, que vessen la sang per vessar-la, com si el seu fi únic fos la deshonra de la revolució*” (1936: 93).

La preocupación era colectiva, y de hecho encontramos en las primeras semanas de la guerra varios llamamientos en la prensa anarquista en los que se llama a detener esta dinámica, siendo buen ejemplo de ello el manifiesto hecho público por la FAI el 30 de agosto, en el que se afirma que “*Somos enemigos de toda violencia, de toda imposición. Nos repugna toda la sangre que no sea la derramada por el pueblo en sus grandes empeños justicieros*”⁵³.

⁴⁹ Mera, 2011: 42. También cita otras situaciones similares (Mera, 2011: 33), e incluso cuando se encuentra con uno de sus antiguos guardianes de la cárcel de Burgos, donde había sufrido sus palizas, en la toma de la cárcel de Guadalajara, en la que los anarquistas liberan a todos los presos, Mera renunció a cualquier tipo de venganza, afirmando que “esos gestos eran característicos de los anarquistas”, y aconsejó a su antiguo carcelero que se diluyera pronto entre la multitud (Mera, 2011: 37).

⁵⁰ Carta a Mark Mratchny, 8 de febrero de 1938, citada por Porter (2006: 289). Expresa también su preocupación sobre este tema en carta a Tom Bell, de 8 de marzo de 1937, citada por Porter (2006: 291-292).

⁵¹ “Carta a Gerges Bernanos”, probablemente de 1938, reproducida en Weil (2007: 522 – 526). Esta carta fue publicada en Francia, a iniciativa de Albert Camus, en la revista libertaria y antimilitarista *Témoins*, en 1955, y fue motivo de un importante debate en sus páginas (Camus, 2014: 167 - 172)

⁵² Peiró, que llegó a ser ministro de Industria en el gobierno de Largo Caballero, recibió también críticas por sus escritos, que en 1936 agrupó en el libro *Perill a la retaguarda* (Peiró, 1936).

⁵³ Recogido por Peirats, (1971: I, 175), quien también reproduce varios artículos de prensa anarquista (1971: I, 173 –

Sin embargo, esta postura no solamente refleja la postura de una élite, sino que también la encontramos en muchos comités locales y dirigentes de la retaguardia republicana. En el caso de Catalunya, Izard (2012: 283-302) hace una interesante recopilación a partir de investigaciones monográficas, muchas de ellas locales, en las que se recogen numerosos casos en los que estas autoridades locales detuvieron las dinámicas represivas o escondieron a derechistas y eclesiásticos para que pudieran salvar la vida. También en las colectividades aragonesas encontramos casos similares, en los que dirigentes locales frenan la represión desatada por grupos que van de pueblo en pueblo o que vuelven del frente de batalla, como en el caso de Más de las Matas (Teruel), donde los milicianos que tomaron el pueblo habían decidido que no habría represalias. Ernesto Margeli, militante de la CNT, explica que esa fue la postura de las autoridades locales, que en alguna ocasión tuvieron que hacer frente a patrullas itinerantes que decían también actuar en nombre del sindicato anarquista: *“el asesinato fue una forma de comportamiento absolutamente antianarquista. Por desgracia no todos los compañeros tenían la educación suficiente para comprenderlo así”*⁵⁴.

Uno de los referentes máximos a la hora de frenar la represión de retaguardia fue el anarquista sevillano Melchor Rodríguez, quien desde un primer momento se destacó por poner freno a la represión antifascista en Madrid, y que durante unos meses, tras un breve intervalo de 4 días en noviembre, entre el 4 de diciembre de 1936 y marzo de 1937, fue Delegado de Prisiones, bajo las órdenes del ministro de Justicia, el también cenetista García Oliver, con quien tuvo una tensa relación. Durante este tiempo puso en marcha medidas radicalmente garantistas que salvaron la vida a centenares de presos, y que le crearon múltiples tensiones con los responsables de orden público de la Junta de Defensa de Madrid⁵⁵, cercanos al Partido Comunista. Si bien en este caso también la propaganda otorgó a la actuación de Melchor Rodríguez un claro matiz humanista, que llegó a otorgarle el sobrenombre de “Ángel Rojo”, el propio activista subraya en más de una ocasión que su comportamiento obedece a su concepción política del anarquismo, en la que no cabe el exterminio del enemigo político. En el discurso de recepción de un pequeño obsequio por parte de varios funcionarios de prisiones, una vez cesado en el puesto, incide en que su labor ha sido

175)

⁵⁴ Testimonio recogido por Fraser (1997: II, 68-71). Este historiador también recoge testimonios semejantes como el de Saturnino Carod, jefe de la columna de la CNT que tomó Calaceite (Teruel) (Fraser (1997: I, 178-179).

⁵⁵ Su actuación durante estos meses está recogida en el libro de Domingo (2009: 167-227), que a pesar de lo minucioso de la descripción no recoge pormenorizadamente la fuente de las informaciones (aparecen agrupadas al final), con lo que es difícil distinguirla en cada uno de los casos. En su labor de defensa de gran cantidad de presos, el nacionalista vasco J. Galíndez cita en sus memorias (2005: 89) la labor de Rodríguez y remarca su importancia para frenar las ejecuciones sumarísimas.

poner en práctica “la idea socialista-libertaria”⁵⁶.

Esta postura crítica mantenida por parte de la tradición anarquista frente a las vulneraciones de derechos humanos se hizo más evidente a partir de mayo de 1937, cuando la represión de retaguardia también empezó a dirigirse contra la oposición de izquierdas en el bando republicano, y especialmente contra el POUM. De hecho, el asesinato de los anarquistas Berneri y Barbieri en los Sucesos de Mayo, y el posterior proceso contra el POUM fueron acompañados de la creación del Servicio de Inteligencia Militar (SIM), que bebió en gran medida de las prácticas estalinistas importadas por los agentes soviéticos, situación ante la cual volvieron a alzarse voces desde el mundo libertario⁵⁷.

Paradójicamente, sin embargo, la alternativa propuesta desde quienes criticaron en el último año de guerra la centralización de poder y el peso creciente de los comunistas en el gobierno de Negrín, entre quienes se encontraban buena parte de las fuerzas anarquistas, fue promover un golpe de estado, el del coronel Casado, en el que el antimilitarista Mera tuvo un protagonismo clave, y con el que de nuevo la lógica bélica y militarista inundaba la retaguardia republicana en la víspera de la derrota⁵⁸.

VI. A modo de conclusión

Como hemos podido ver a lo largo de estas páginas, al igual que sucedió al pacifismo y antimilitarismo internacional, también en España el huracán de la guerra terminó llevándose por delante gran parte de las experiencias impulsadas en los años anteriores de modo que la mayoría de quienes se sentían contrarios a la lógica de la guerra y el militarismo acabaron aceptándolos, con mayor o menor grado de voluntad y convicción. De hecho, la guerra rompió una incipiente y quizás

⁵⁶ Intervención de Melchor Rodríguez el 17 de abril de 1937, con motivo del homenaje recibido por las plantillas del funcionarios de prisiones; edición facsímil de los textos de dicho acto recogida en Domingo y Gutiérrez Molina (2009)

⁵⁷ Sobre los sucesos de Mayo, ver la síntesis Ferrán Gallego (2007). Peirats denuncia prácticas de limpieza política en el ejército a partir de los informes del SIM, con asesinatos de no comunistas acusándolos de querer pasarse a zona enemiga (Peirats, III, 221-226). Este mismo denuncia que las palabras de Irujo como nuevo ministro de Justicia sobre el fin de los incontrolados ha dado paso a una represión interna contra anarquistas con la excusa de haber participado en actos represivos al inicio de la guerra, mientras que nada sucedió a quienes lo hicieron desde el socialismo o comunismo. (Peirats III, 234-235). Sobre el proceso represivo durante el Gobierno de Negrín faltan todavía estudios, pero es bien conocida la realidad de los campos de trabajo del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) (Badia, 2001).

⁵⁸ Mera (2011) describe incluso en sus memorias los enfrentamientos, que justifica por la necesidad de frenar la hegemonía comunista. Un análisis minucioso de esos últimos momentos de la República ha sido realizado recientemente por Viñas y Hernández Sánchez (2009).

fructífera, nunca lo sabremos, línea de colaboración entre el movimiento anarcosindicalista y la Internacional de Resistentes a la Guerra.

A partir de entonces, la opción de las armas fue adoptada por la gran mayoría de los antimilitaristas, y comprendida en parte por quienes la rechazaron, de modo que la propia lógica de la guerra facilitó su militarización e integración en un moderno ejército disciplinado, en el que se castigaran duramente la disidencia y la desertión. La retaguardia, por otro lado, fue escenario también de una cruenta represión que fue objeto también de debate y discusión en clave antimilitarista.

El objetivo de estas líneas no ha sido plantear la cuestión de qué era más coherente o práctico en aquel momento, sino realizar una contribución que nos ayude a entender mejor el proceso de militarización puesto en marcha en el bando republicano, un proceso que captaron de una manera muy lúcida, las más de las veces con amargura y con contradicciones internas, quienes se autocalificaban como pacifistas o antimilitaristas. Es en este escenario donde, independientemente de la postura adoptada, estos militantes llevaron a la práctica reto planteado por Simone Weil, es decir, analizar *“las relaciones sociales que implica la lucha militar”*.

Esta óptica nos permite observar cómo la lógica de la guerra, y las nuevas jerarquías favorecidas por el uso de la violencia y su centralización, pasan por encima de quienes planteaban distintas maneras de resolución de los conflictos y de organización social. Estas mujeres y hombres no quisieron para nada poner en cuestión la necesidad del triunfo militar sobre los golpistas, pero observaron, a veces denunciaron y otras veces impulsaron en contra de sus propios planteamientos, pautas de comportamiento basadas en el militarismo y el autoritarismo, como la asunción de la lógica de la guerra, la militarización, la conscripción y la represión ideológica.

Volver sobre estas cuestiones en la actualidad nos debería servir no sólo para analizar mejor las dinámicas sociales desarrolladas en el marco de la guerra civil, sino también para enriquecer unos discursos sobre la memoria democrática antifranquista que se han centrado sobre todo, debido a la debilidad de las iniciativas institucionales, en sacar a la luz las consecuencias humanas y sociales de la represión franquista. Sin embargo, flaco favor haríamos al conocimiento histórico de las ideas de quienes fueron reprimidos por el franquismo si cerráramos los ojos a unos procesos de militarización que afectaron también fuertemente a quienes los vivieron y sufrieron. De hecho, quienes se autodefinían como claramente contrarios a la lógica y valores militares intentaron, siquiera en parte, frenarlos o mitigarlos en el contexto de la guerra.

Bibliografía

- Ackelsberg, Martha (2006) *Mujeres Libres. El anarquismo y la lucha por la emancipación de las mujeres*. Barcelona, Virus.
- Agirre, Xabier (2002) “Los insumisos del 36: El movimiento antimilitarista y la guerra civil española”, en Movimiento de Objeción de Conciencia, *En legítima desobediencia. Tres décadas de objeción, insumisión y antimilitarismo*. Madrid, Traficantes de Sueños. Publicado originalmente en Mambrú ... Disponible en internet:
- Alpert, Michael (2007) *El ejército popular de la República, 1936 – 1939*. Barcelona, Crítica.
- Badia, Francesc (2001) *Els camps de treball a Catalunya durant la Guerra Civil (1936–1939)*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- Bennet, S. H., 2008, “Pacifismo socialista y revolución social no violenta: la War Resisters League y la Guerra Civil Española”, En Juliá, S. (coord), 2008, *La Guerra Civil española 1936-1939. Actas del Congreso Internacional La Guerra Civil española 1936-39, celebrado en Madrid los días 27, 28 y 29 de noviembre de 2006*. Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones.
- Berneri, Camillo (1946) *Entre la revolución y las trincheras : recopilación de nueve artículos de Camilo Berneri [en] Guerra di classe, Barcelona, 1936-1937*. París, Ediciones Tierra y Libertad.
- Bolloten, Burnett, (1989) *La guerra civil española: revolución y contrarrevolución*, Alianza, Madrid.
- Brock, Peter and Socknat, Thomas P. (eds.) (1999) *Challenge to Mars: Essays on Pacifism from 1918 to 1945*. Toronto. University of Toronto Press.
- Camus, Albert (2014) *Escritos libertarios*. Tusquets, Barcelona.
- Casanova, Julián. (1997) *De la calle al frente : el anarcosindicalismo en España (1931-1939)*. Barcelona, Crítica.
- Castañar, Jesús, (2013) *Teoría e Historia de la Revolución Noviolenta*, Barcelona, Virus.
- Chaves Nogales, M. [1938] (2011) *La defensa de Madrid*, Sevilla, Espuela de Plata.
- Corral, Pedro (2006) *Desertores. La Guerra Civil que nadie quiere contar*. Barcelona, Debate.
- De Ligt, Bartholomeus (1936) *Movilización contra toda Guerra*. Barcelona, Ediciones Tierra y Libertad.
- De Ligt, Bartholomeus [1937] (1989) *The conquest of violence. An Essay on War and Revolution*. London, Pluto Press.
- Domingo, Alfonso (2009) *El ángel rojo. La historia del anarquista Melchor Rodríguez*. Córdoba, Almuzara.
- Domingo, Alfonso y Gutiérrez Molina, José Luis (2009) *Melchor Rodríguez, el “Ángel Rojo”. Reconocimiento a una figura olvidada*. Valdemoro (Madrid), Organismo Autónomo Trabajo Penitenciario y Formación para el Empleo.
- Ealham, Chris (2005) *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto 1898 - 1937*. Madrid, Alianza.
- Espinosa, Francisco, (2010) (ed.) *Violencia Roja y Azul. España, 1936 – 1950*. Barcelona, Crítica.
- Fraser, Ronald (1997) *Recuérdalo tú y recuérdalo a los otros. Historia oral de la Guerra Civil Española (2 vols.)*, Barcelona, Gijalbo Montadori.
- Gallego, Ferrán (2007) *Barcelona, mayo de 1937. La crisis del antifascismo en Cataluña*. Barcelona, Debate.
- Galíndez, Jesús (2005) *Los vascos en el Madrid sitiado*, Tafalla, Txalaparta.
- González Calleja, Eduardo (2008) “La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión general desde el contemporaneísmo español”, en *Historia Social*, 61.
- González Calleja, Eduardo (2009) “Experiencia en combate. Continuidad y cambios en la violencia represiva (1931 – 1939)”, *Ayer*, 76.
- González Calleja, E. (2013) “La historiografía sobre la violencia política en la Segunda República española: una reconsideración”, *Hispania Nova, Revista de Historia Contemporánea*, 11.

- Guillaumon, Agustín (2011) *Los Comités de Defensa de la CNT en Barcelona (1933 – 1938)*. Barcelona, Aldarull Edicions.
- Guillén, Abraham (2012) *El error militar de la República. La pérdida de la guerra civil*. Madrid / Valle de Arán, Queimada Ediciones.
- Izard, Miquel (2012) *Que lo sepan ellos y no lo olvidemos nosotros. El inverosímil verano del 36 en Cataluña*. Barcelona, Virus.
- Joad, Cyril Edwin Mitchinson (1939) *Why War?*, Harmondsworth, Penguin Books.
- Ledesma, José Luis (2003) *Los días de llamas de la revolución. Violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la Guerra Civil*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico.
- Ledesma, José Luis (2009) “Qué violencia para qué retaguardia, o la República en Guerra de 1936”, *Ayer*, 76.
- Ledesma, José Luis (2010) “Una retaguardia al rojo. Las violencias en la zona republicana”, en Espinosa, F. (ed.) *Violencia Roja y Azul. España, 1936 – 1950*. Barcelona, Crítica.
- Ledesma, José Luis (2013) “La <<primavera trágica>> trágica de 1936 y la pendiente hacia la guerra civil”, en Sánchez Pérez, F. (coord..) *Los mitos del 18 de julio*. Barcelona, Crítica.
- Mainar, Eladi (1998), *De milicians a soldats. Les columnes valencianes en la Guerra Civil espanyola (1936 – 1937)*. València, Universitat de Valencia.
- Martín Nieto, Isaac (2012) “De la clase obrera a la acción colectiva. La historiografía sobre el movimiento libertario durante la Segunda República y la Guerra Civil”, *Historia Social*, 73.
- Marin, Dolors (2010) *Anarquistas. Un siglo de movimiento libertario en España*. Barcelona, Ariel.
- Matthews, James (2013) *Soldados a la fuerza. Reclutamiento obligatorio durante la Guerra Civil 1936 – 1939*. Madrid, Alianza.
- McLaughlin, Theodore (2012) *Desertion, Control and Collective Action in Civil Wars*. PhD Thesis, Department of Political Science McGill University, Montreal
- McLaughlin, Theodore (2014) “Desertion, Terrain and Control of the Home Front in Civil Wars”, *Journal of Conflict Resolution*, published on-line (doi: 10.1177/0022002714547901)
- Mendiola, Fernando y Beaumont, Eburne (2006) *Esclavos del franquismo en el Pirineo*. Tafalla, Txalaparta.
- Mera, Cipriano (2011), *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*. Madrid, La Malatesta.
- Minnig, Albert (2005) *Por el bien de la revolución. Crónica de un anarquista suizo en el Frente de Aragón*. Barcelona, Alikornio Ediciones.
- Mosse, George L. (1990) *Fallen Soldiers. Reshaping the memory of the World Wars*. New York / Oxford, Oxford University Press.
- Nerín, Gustau (2005), *La guerra que vino de África*, Barcelona, Crítica.
- Noordegraaf, Herman (1999) “The anarchopacifism of Bart de Ligt”, en Brock, P. and Socknat, T. (eds.) *Challenge to Mars: Essays on Pacifism from 1918 to 1945*. Toronto. University of Toronto Press.
- Olaya Morales, Francisco, (2011) “Preámbulo”, en Mera, Cipriano, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*. Madrid, La Malatesta.
- Oliver Olmo, Pedro (2007) “La suerte del general Goded. Cultura punitiva y cultura de guerra en la revolución española de 1936”, *Jerónimo Zurita*, 64.
- Oliver Olmo, Pedro (2008) *La pena de muerte en España*. Madrid, Síntesis.
- Ortega Pérez, J., (1996) “Durruti y las tradiciones del antimilitarismo”, en Morales Toro, A., y Ortega Pérez, J., (eds.), *El lenguaje de los hechos. Ocho ensayos en torno a Buenaventura Durruti*. Madrid, La Catarata, 1996. Paz, A., *Durruti en la Revolución española*. Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo, 1996.

- Padín, Félix (2009) *Memorias*. Iruñea-Pamplona, Memoriaren Bideak / Gerónimo de Uztariz. (www.esclavitudbajoelfranquismo.org).
- Paz, Abel (1996) *Durruti en la Revolución española*. Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo.
- Paz, Abel (2001) *Crónica de la Columna de Hierro*. Barcelona, Virus Editorial.
- Peirats, José, (1971) *La CNT en la Revolución Española*. París, Ruedo Ibérico. (I, II, y III)
- Peiró, Joan (1936) *Perill a la rera guarda*. Mataró, Edicions llibertat.
- Porter, David (2006) *Visión en llamas. Emma Goldman sobre la revolución española*. Madrid, El Viejo Topo
- Prasad, Devi (2005) *War is a crime against humanity: The Story of War Resisters' International*. London, War Resisters' International
- Richards, Vernon, 1977, *Enseñanzas de la Revolución Española*, Campo Abierto Ediciones, Madrid.
- Rodrigo, Antonina (2002a) *Una mujer libre. Amparo Poch y Gascón, médica y anarquista*. Madrid, Flor del Viento.
- Rodrigo, Antonina (2002b) *Amparo Poch y Gascón, textos de una médica libertaria*. Zaragoza, Alcaraván Ediciones.
- Ruiz Giménez, Andrés (1996) "Las milicias confederales: de la columna a la división", en Morales Toro, A., y Ortega Pérez, J., (eds.), *El lenguaje de los hechos. Ocho ensayos en torno a Buenaventura Durruti*. Madrid, La Catarata.
- Seidman, Michael (2003) *A ras de suelo. Historia social de la República durante la Guerra Civil*. Madrid, Alianza.
- Semprum-Maura, Carlos (1978) *Revolución y contrarrevolución en Cataluña*. Barcelona, Tusquets.
- Traverso, Enzo (2009) *A sangre y fuego. De la guerra civil europea*. Valencia, PUV.
- Vadillo Muñoz, Julián "Prólogo: el conocimiento militar en antimilitaristas natos", en Guillén, Abraham (2012) *El error militar de la República. La pérdida de la guerra civil*. Madrid / Valle de Arán, Queimada Ediciones.
- Viñas, Angel y Hernández Sanchez, F. (2009) *El desplome de la República*. Barcelona, Crítica.
- Weil, Simone (2007) *Escritos históricos y políticos*, Madrid, Editorial Trotta.
- Zahn, Gordon C. (1990) "Pacifist during the Third Reich", in Berenbaum, Michael, (edit.) *A mosaic of victims. Non-Jews Persecuted and Murdered by the Nazis*, New York and London, New York University Press.